

***ILEX PARAGUARIENSIS* EN EL MUNDO GUARANÍ Y EL MUNDO JESUÍTICO**

**Antonia Rizzo y María Teresa Iglesias
Fac. Cs. Naturales y Museo. UNLP**

Introducción

Ilex paraguariensis, arbusto perenne originario de la región templado cálida que abarca parte de Paraguay, sur de Brasil y noreste de Argentina, por sus propiedades fue utilizada por los indios guaraníes desde la etapa prehispánica hasta después del momento de contacto.

Desde el momento en que los jesuitas consiguen cultivar la yerba en los poblados y elaborarla en gran escala, se intensifica la exportación de la misma desde las Misiones hacia el Alto Perú, Chile, Cuyo y el Río de la Plata, considerándola como moneda de gran valor.

En esta ponencia trataremos de explicar las causas que llevaron al indígena guaraní a la utilización de la planta en forma silvestre y su inserción en su sistema ideológico.

Así mismo, explicitar los motivos que tuvieron los Padres de la Compañía de Jesús para cultivar la yerba en las Misiones de Guaraníes, y la problemática de los efectos de las plantaciones en la ocupación del espacio y del poblamiento.

Esta organización autosuficiente y próspera se disgregó con la expulsión de los jesuitas y contribuyó a conformar un espacio vacío, pueblos en ruinas y casi sin pobladores.

Esto nos explicará la complejidad de las relaciones socioeconómicas que subyacen detrás de la producción y comercialización de la yerba mate en el ámbito del mercado colonial interno.

Metodología

Nuestra investigación se encuadra dentro de un ámbito transdisciplinario en el que se entrecruzan los enfoques antropológicos, etnohistóricos, sociales, históricos y semióticos, abarcando una época que va desde el siglo XVI hasta mediados del XVIII.

La recopilación de fuentes documentales, la transcripción de documentos, el análisis del discurso, y su crítica interna y externa, nos permiten obtener información para llegar a un nivel explicativo mayor sobre los procesos de simbolización y resignificación en torno a la yerba mate.

En la presente comunicación, el énfasis está puesto en un enfoque documental para lograr contextualizar histórica e ideológicamente la importancia que tuvo la *Ilex paraguariensis* en el mundo guaraní y en el jesuítico.

Desarrollo

Descripción de la planta

Científicamente se conoció la planta de yerba mate en Europa desde principios del siglo XIX con la denominación de "*Ilex theazans*" dada por Bonpland en 1821, en tanto que Saint Hilarie, en 1822, denominó "*Ilex paraguariensis*" a la planta de yerba mate que encontrara en Curityba, usando esta denominación porque los antiguos historiadores españoles usaban para el adjetivo "paraguay" la palabra latina "paraguariensis".

La yerba mate pertenece a la clase de las dicotiledóneas, familia de las Aquifoliáceas, del género *Ilex*, es un arbusto perenne que comprende casi toda la familia dispersa en América del Sur, de donde es originaria.

La región de la yerba mate comprende todo el Paraguay; en el Brasil los estados de Matto Grosso, Santa Catalina y Paraná; y en la Argentina, la provincia de Misiones. Abunda en estado silvestre y en plantaciones cultivadas.

Como planta subtropical, necesita elevadas temperaturas (estimándose la óptima para el cultivo entre 20° a 23° C.) y mucha humedad para satisfacer las exigencias de esta planta, que requiere unos 1500 milímetros de lluvia anuales, con caídas frecuentes entre setiembre y febrero. Soporta heladas ocasionales de hasta -8°C. siempre que no haya sido despojada de sus hojas.

Prospera notablemente en suelos areno-arcillosos y arcillo-arenosos, ricos en ácido fosfórico, potasio y hierro, con buena permeabilidad, profundos y frescos; las tierras lateríticas son consideradas como las más aptas para el desarrollo que en ella adquiere la yerba mate.

El árbol del que se extrae la yerba en estado silvestre alcanza más de 20 metros de altura, y necesita cerca de 30 años para su completo desarrollo, mientras que la planta cultivada es mantenida entre unos 3 a 6 metros, presentado un corto tronco que se ramifica a escasa altura del suelo, adquiriendo por sucesivas podas el aspecto de un pequeño arbusto.

Sus hojas perduran en la planta unos 3 años; son alternas, coráceas, ovales o elípticas, con borde ligeramente dentado. Miden aproximadamente entre 5 a 10 y 15 centímetros de largo por 2 a 5 de ancho.

Cuando están maduras, son espesas, duras y relucientes, de color verde más intenso en su cara superior, con un pecíolo corto verde claro, a veces ligeramente rosado. Las nervaduras son muy marcadas.

La floración se produce entre octubre y diciembre; es de tipo racimosa, en forma de falsas panojas, desarrollándose racimos de 40 a 50 flores en las axilas de las hojas.

Estas flores son pequeñas, dioicas, con cáliz y corola tetrámera, aún cuando suelen encontrarse en un mismo pie ejemplares con 5 pétalos, con nervadura central y terminadas en punta. Son blancas o verde pálido, con 4 ó 5 estambres y gineceo normal o atrófico.

Los frutos son pequeñas bayas de unos 7 milímetros de diámetro; maduran entre enero y marzo, tomando un color azul oscuro o negro violáceo coronado por un pequeño estigma saliente. Los frutos desecados tienen el aspecto de un grano de pimienta y contiene de 4 a 8 semillitas amarillas, ligeramente rugosas (Ministerio de Agricultura y Ganadería, 1971).

Conceptualización del mito

Los grandes conjuntos de creencias y de mitos constituyen uno de los mejores documentos que podemos poseer ya que descuidar su búsqueda conduciría a desfigurar la estructura de una religión y de una sociedad determinada.

El mito es una historia de un dios, es una fábula con su invención y su moraleja. El mito propiamente dicho es una historia creída que contiene en principio ritos. Forma parte de un sistema obligatorio de representaciones religiosas, ya que hay obligación de creer en ellos.

El contenido y la forma de los mitos son, por naturaleza, distintos según las culturas y las necesidades religiosas.

Por lo general, entre los grupos cazadores los mitos animales juegan un papel importante, apareciendo como causantes de fenómenos naturales y dadores de cultura. En ellos se habla de la transformación de hombres en animales o viceversa.

Lo mismo ocurre entre los pueblos agrarios y campesinos donde los mitos están referidos a las fuerzas naturales y se produce la personificación de humanos en vegetales.

Los mitos se refieren con frecuencia a la creación del universo y de sus varios aspectos, a importantes elementos culturales, tales como el fuego, los animales y plantas de significación alimenticia, los orígenes de ceremonias y rituales, héroes civilizadores, etc.

Las leyendas son de contenido más mundano, aunque también éstas narraciones incluyen parte de lo maravilloso, lo terrible o lo sobrenatural.

Si tuviéramos que clasificar los elementos que caracterizan al mito, podríamos agruparlos en dos grandes sectores: uno referido a los contenidos, otro relacionado con los modos en que aquellos contenidos se vinculan y que podríamos definir como la sintaxis del mito. Ambos elementos son prácticamente indisolubles.

En cuanto a los contenidos, encontramos presentes “seres” que pueden participar de distintas naturalezas que son intercambiables, y que internamente no presentan contradicciones. Así un humano puede transformarse en animal, en planta o en un dios, o ser a la vez manifestación de un mundo sobre el otro.

Es a partir del concepto de conciencia mítica como podemos establecer una vía metodológica que permita distinguir el campo mítico. Si la definimos como “(...)una forma de pensamiento y de acción que hace posible y da sentido a determinadas actuaciones y seres, tanto en el mito como en la vida de una cultura(...)”(Bórmida, 1970) entonces podremos entender la razón de ubicar a un relato mítico como “verdadero”, es decir en un status epistemológico que se parece mucho a una teoría científica. Es la actitud que una comunidad tiene respecto al mito y no sus contenidos, lo que permite distinguirlo de otros relatos, sean estos verbales o ritualizados (Heredia, 2001).

La yerba en el mundo guaraní

El origen de la yerba mate está rodeado de leyendas, mitos y creencias, que aún se conservan entre los obreros que trabajan en los yerbales.

Cuenta una leyenda que una tribu guaraní se había detenido en la región donde tiene sus nacientes el Tabay, continuando luego su marcha a través de los montes en busca de nuevas tierras.

Un viejo indio no pudiendo seguir a los que partieron por su avanzada edad, debió quedarse refugiado en la selva en compañía de su hija, la hermosa Yarií.

Una tarde, llegó hasta la humilde vivienda un extraño personaje, que por el color de su piel y su rara indumentaria, no parecía ser oriundo de esos lares.

El viejito cocinó al fuego un acutí¹ y ofreció su sabrosa carne al desconocido visitante, al mismo tiempo que el más apreciado plato de los guaraníes, el tambú².

Al recibir tan cálidas demostraciones de hospitalidad, el visitante que no era otro que un enviado de Tupá³, quiso recompensar a los moradores de la vivienda su generosidad, proporcionándoles el medio para que pudieran siempre ofrecer un agasajo a sus huéspedes, y para aliviar sus largas horas de soledad en el escondido refugio.

¹ Roedor regional.

² Gusano de carne blanca y abundante que se cría en los troncos del pindó, que no sólo proporciona abundante carne si no también un aceite con el que curaban algunos males y apuraban las digestiones.

³ Dios del Bien.

Para lo cual hizo brotar una nueva planta en la selva, nombrando a *Yarií* su diosa protectora, y a su padre, custodia de la misma, enseñándoles a “*sapecar*” sus ramas al fuego y a preparar una amarga y exquisita infusión.

Y desde ese momento, bajo la tierna protección de la joven, crece sana y hermosa la nueva planta, con cuyas hojas y tallos se prepara el mate. Es así como se convierte la joven y el viejo indio fueron en los dioses protectores de los yerbales: la *Caá-Yarií* y el *Caá-Yará* (Ministerio de Agricultura, 1971)

Otra versión de esta leyenda es la que nos presenta Pasteknik (1977). La *Caa-Yari* es la dueña de la yerba, la abuela de los yerbales. Ella tiene figura de mujer de tez cobriza, que se desposa con un *tarefero* en un día viernes santo en la iglesia del pueblo. Cuando el *tarefero* se compromete con ella no puede tener mujer bajo las más severas sanciones.

La *Caa-Yari* cuida de su prometido haciéndole el trabajo en el yerbal. A tal punto que aquél comprometido con ella, cosecha grandes cantidades de yerba que duplican la cantidad que comúnmente recogen sus compañeros.

Este es un mito en el que los peones de los yerbales creen firmemente, y proviene del tiempo de los yerbales silvestres, siendo propio de Misiones y de algunas zonas de Paraguay y Brasil.

El Padre Ruiz de Montoya (1989) dice que ha buscado el origen de la yerba entre indios de 80 y 100 años

“(...) y he sacado por cosa veriguada, que en tiempos que estos viejos eran mozos no se bebía ni aún se conocía si no de un gran hechicero o mago que tenía trato con el demonio, el cual se la mostró y dijo, que cuando quisiese consultarle, bebiese aquella yerba, y así lo hizo, y de su enseñanza otros que en nuestros días hemos conocido, y comúnmente los hechizos que hacen llevan desta yerba (...)”

Lozano refiere en su *Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán*, la tradición de que el Apóstol Tomás enseñó a los indios el uso de estas hojas, y cita al Lic.

Diego de Zevallos que en su Tratado del recto uso de la yerba del Paraguay (Lima 1667), menciona que Santo Tomás había llegado de Brasil a predicar el evangelio a los guaraníes.

Estos habrían aprendido de él a tostar las hojas con el objeto de convertir el veneno que contenían, según el Santo, en antitóxico. Esta versión se encuentra reiteradamente mencionada en la bibliografía jesuítica y se designa al santo como *Pay Zumé* en la región de Brasil, y *Pay Tumé* en el Perú.

A través de estos mitos y leyendas consideramos que el *Ilex paraguariensis* formaba parte del sistema de creencias de los indios guaraníes y era para ellos una planta sagrada.

La yerba en el mundo jesuita

A través de las fuentes jesuíticas analizamos cómo consideraron al *Ilex paraguariensis* los Padres de la Compañía de Jesús.

Dado que en numerosas crónicas jesuitas no hay contradicciones con respecto a las noticias de la zona del origen de la yerba y de su elaboración, así como de su uso y comercio, es que hemos tomado como ejemplo los trabajos de los Padres Montoya, Dobrizhoffer, Cardiel y Sepp.

El Padre Dobrizhoffer, en *De Abiponibus* nos relata el origen, la preparación, usos y comercio del *Ilex paraguariensis*.

Él considera que su permanencia en San Joaquín durante 8 años, le permitió tener conocimientos precisos sobre la yerba. Relata que las hojas del árbol Caá, como lo llaman los guaraníes, se tuestan sobre el fuego lento, y se prepara con ellas una infusión de propiedades medicinales que los españoles consideran semejante al té de Asia.

Este árbol crece silvestre únicamente en los bosques del Paraguay, distante cerca de 200 leguas de Asunción. Las ramas se cortan de los árboles mediante cuchillo; se colocan junto a un fuego suave; se cuelgan en palos travesaños y se tuestan por un tiempo. Se desparraman estas hojas con las ramitas más chicas y se machacan con palos hasta transformarlas en polvo.

La yerba de palos es la que se obtiene de hojas y tallos y es la preparada por los españoles con menos cuidado. La *Caá miri* que preparan los guaraníes con más trabajo y mayor limpieza, cuesta el doble de precio que la yerba de palos.

Separan con cuidado los tallos y las venas y las desechan, tostando las hojas a fuego lento y las machacan suavemente en un mortero de madera con mucho cuidado de no triturarla demasiado. Con este procedimiento se consigue que la yerba tenga un olor y sabor más agradable, ya que pulverizadas pierden sus condiciones.

La diferencia entre la yerba de palos y la *Caá miri* reside sólo en la forma de preparación de sus hojas, que no se toman de árboles distintos sino de una misma planta.

Esta yerba contiene una especie de goma, por lo que hay que cuidar mucho al tostarla que no se reseque demasiado. Los negociantes suelen probar su calidad tomando con los dedos una cierta cantidad, y colocándola en la palma de la mano soplan sobre ella con fuerza.

Si vuela mucha yerba, no la aprecian porque, dicen, se tostó demasiado y perdió su jugo y fuerza. Pero si por la goma queda pegada en la mano, la aprecian muchísimo. Esta yerba es algo amarga, por lo cual debe ser endulzada con azúcar. Pero los indios y españoles del común la beben diariamente sin azúcar.

De las hojas de este árbol beben no sólo los paraguayos sino también los chilenos y peruanos, de manera que no pueden carecer de esta bebida ni un solo día y muchos lo apetecen permanentemente. Es estimado por todos sin distinción de rango, edad o sexo, tan delicioso como para otros el chocolate, el café y el té de China.

Respecto a su uso y propiedades, la vasija de la cual se bebe puede ser un cuerno de vaca o una calabaza cortada por la mitad, la cual se adorna con dibujos pirograbados o con adornos de plata. El vulgo la llama maté, lo que indica más bien la bebida en sí.

Dentro de esta vasija se echa una cucharada de yerba, se mezcla con azúcar en agua fría y luego se riega con agua caliente. Muchos agregan también jugo de citrus para expeler la bilis. Así preparada, forma espuma en su superficie como la leche.

Los españoles la sorben por un cañito de plata, cuyo extremo inferior termina en una bolita de plata agujereada para que no llegue la yerba con el agua a la boca, pues es muy perjudicial al estómago. Otros se sirven de un cañito de madera o caña.

Los indios no la usan, sorbiendo involuntariamente una gran cantidad de yerba, formándose en sus intestinos unas bolitas verdes que según se dice, se les ha encontrado después de muertos, como a la manera de las piedras bezar de animales como antas y guanacos.

Lo cierto es que no se puede tomar la yerba con agua tibia sin perjuicio para la salud. Si permanece largo tiempo en el agua, esta se torna negra. De ahí que si esta yerba se humedece en los caminos, ya no se la usa para bebida sino para teñir paños y géneros.

El uso moderado de la bebida es muy saludable y útil, purifica el vientre y la vejiga, produce un suave sudor, aumenta el apetito, repone las fuerzas por el calor, aplaca el hambre a falta de otros alimentos y apaga la sed si se la toma con agua fría.

Cuando los indios remaban todo el día y estaban cansados y sedientos, se refrescaban tomando mucha yerba mezclada con agua del río. Si alguien para restablecer la salud quiere sudar en abundancia, basta beber esta yerba con agua bien caliente y acostarse. Pero si se quiere vomitar, basta tomarla con agua tibia.

Dice Dobrizhoffer que estas propiedades las conocía por experiencia propia y acostumbraban tomarla diariamente en lugar del desayuno y a la tarde. Gracias a esta yerba, muchos de ellos tuvieron una buena salud y llegaron a una edad avanzada. Aunque tampoco duda que por el inmoderado uso, el estómago se debilita y se originan eructos continuos junto con otras enfermedades.

La yerba paraguaya se transporta a lomo de mulas desde los más lejanos bosques del Paraguay hasta Perú y Chile, y se vende ahí por un precio extremadamente alto, en parte por los malos caminos y en parte por los impuestos, de donde el Erario Real recibe sumas considerables. Se comprime fuertemente y se coloca en grandes bolsas cuadradas de cueros vacunos (zurrónes o tercios). Cada bolsa contiene siete arrobas y cada mula lleva dos de estas.

Muchos miles de hombres se ocupan todos los años en las más remotas selvas con la preparación de la yerba y consumen por esto muchos miles de vacunos. Es increíble la cantidad de mulares, no sólo aquellos sobre los cuales se lleva la yerba al lugar de destino, sino los que perecen por los malos caminos y las dificultades del largo viaje. Los que organizan estas expediciones y los que se conchaban para el trabajo, son los que menos ganan.

La amplia ganancia la reciben los comerciantes que mercan con ella para el Perú y Chile. Todos los que poseen una considerable fortuna en Paraguay, la han adquirido sólo por el comercio de yerba y mulares.

La exportación de los demás productos de estas tierras (ganado, cueros, algodón, azúcar o tabaco) cuesta mucho trabajo y no lo compensa la magnitud y la seguridad de la ganancia.

Los paraguayos para ganar tiempo y rendimiento desbastaban los árboles de yerba, y se quejaban de la escasez de los mismos, sin ver que eran ellos los responsables de esa situación. Los indios proceden con más providencia y cortan sólo las ramas y gajos superfluos, de manera que los árboles quedan intactos y rinden muchos años.

Como no se encuentran en todas partes los genuinos árboles de Caá en cantidad suficiente, algunos españoles apelaron a la adulteración. Para no andar buscando con pérdida de tiempo y esfuerzo los árboles genuinos, cortan las hojas de otros árboles parecidos, las tuestan y las mezclan entre las genuinas para darles el olor.

La yerba adulterada Caá quazú, Caá Verá, Aperea Caá, Caará, causan fuertes dolores de cabeza y vientre, vómito y otros accidentes. Tales falsificadores son castigados severamente por las autoridades y en su época se quemaron públicamente en la plaza muchos miles de libras de tal yerba falsificada.

Para ahorrarle tiempo, gastos y sudor a los indios, los Padres plantaron a la vista de las localidades guaraníes los árboles Caá, que en poco tiempo crecieron hasta ser enormes selvas. Esta plantación exige conocimiento, paciencia y mucha mano de obra.

La semilla debe ser lavada primero, por ser muy viscosa y pegajosa, tres o cuatro veces en agua limpia. Si esto no se realiza, el trabajo se pierde. La tierra donde se siembra debe regarse por arriba e irrigarse en abundancia, de modo que llegue a ser barrosa.

Al cuarto mes, cuando brota el germen de la semilla las plantas nuevas se deben llevar hasta el bosque donde serán transplantadas teniendo en cuenta de ubicarlas a distancias parejas. Al comienzo se debe proteger a los arbolitos contra el rocío y los vientos.

La experiencia comprobó que los árboles de yerba plantados o cultivados, jamás alcanzan la altura de cuando crecen silvestres. Sin embargo, los árboles cultivados en las poblaciones, daban a los tres o cuatro años, una rica cosecha.

Refiere Dobrizhoffer que con menos gasto de tiempo y trabajo, las aves contribuyen a la formación de los bosques, ya que al devorar la semilla de los árboles de yerba, como no pueden digerirlas, las despiden casi enteras, y en el suelo húmedo crecen nuevos árboles que paulatinamente conformarán nuevos bosques para provecho de los indígenas. Menciona que el tucán “(...)come la semilla madura del árbol caá de cuyas hojas se hace el té paraguayo(...)”

“(...)Los guaraníes que habitaron treinta y dos localidades que se encontraban bajo nuestro cuidado, hacían y vendían la yerba Caá miri únicamente para los más nobles fines(...)”.

Como la preparación de la Caá miri es mucho más trabajosa, los españoles no se dedicaron a ello, sino a la Caá inferior de palos que la vendían en mayor cantidad que los guaraníes. La cantidad de Caá miri que cada localidad de guaraníes podía vender fue establecida por decretos reales. Los españoles, en cambio, no fueron limitados a este respecto.

Con esta yerba que vendían las misiones y que sustituía al dinero, se pagaba al rey el tributo de cabeza de los guaraníes, ordenaban sus iglesias, procuraban herramientas de hierro y todo lo necesario para cubrir lo que requería el mantenimiento de las comunidades.

Los procuradores de los colegios intercambiaban el ganado y otros productos de sus estancias por yerba, a modo de dinero para adquirir a su vez otros utensilios.

El Padre Ruíz de Montoya nos narra en su Conquista Espiritual (1989) su llegada a la región del Guairá, alrededor de 1612, al puerto de Maracayú (Mbaracayú). El pueblo allí fundado estaba situado al pie de la serranía de este nombre en un campo rodeado de inmensos montes de árboles silvestres, en que hay manchas de dos o tres leguas de largo y ancho, de los que hacen la yerba que llaman del Paraguay.

Uno dato importante de rescatar es el relato que hace del mal trato que le dan los españoles a los indios en los yerbales: “(...)Tiene la labor de aquesta yerba consumidos muchos millares de indios; testigo soy de haber visto por aquellos montes osarios bien grandes de indios que lastima la vista al verlos(...)”

Muchos murieron sin ser bautizados y otros huyeron a los montes en busca de comida, y como no la hallaron, bebían de aquella yerba “(...)de que se hinchan los pies, piernas y vientre, mostrando el rostro solo los huesos, y la palidez la figura de la muerte(...)”

La carga que llevaban era más pesada que el indio y muy peligrosa la travesía, ya que muchos de ellos murieron en el camino o comidos por tigres de aquellos montes.

Ante los numerosos reclamos, su Majestad Católica envía para remediar dicha situación al doctor Don Francisco de Alfaro, que era oidor en esos momentos, del Consejo de Hacienda, quien había realizado numerosas visitas a todo el Perú, lo que le proporcionaba gran experiencia para el tratamiento de estos problemas.

Prohibió con grandes penas el forzar a los indios al beneficio de la yerba, y a los mismos mandó que ni aún con su voluntad, la hiciesen los cuatro meses del año desde diciembre hasta marzo inclusive, por ser en toda aquella región tiempo no apto para esta labor.

El Padre Cardiel, en Las misiones del Paraguay (1989) expresa que la carne y la yerba mate, eran repartidas diariamente a todas las familias después de la misa. La agricultura en las misiones se encontraba bastante desarrollada, con una extensa variedad de cultivos, y variado género de oficios que convertían a cada pueblo en una unidad prácticamente autosuficiente.

Encontramos herreros, carpinteros, tejedores, estatuarios, pintores, doradores, rosarieros, torneros, plateros, materos o que hacen mates, que es la vasija en que se toma la yerba del Paraguay, llamada mate.

Hay en los montes de aquellas Misiones, y en los de la gobernación del Paraguay, unos árboles propios del territorio, del tamaño de un naranjo, y de hoja parecida a él, que llaman árbol de la yerba. Es la yerba tan usada en aquellas tierras entre ricos y pobres, libres y esclavos, como el pan y el vino en España.

Se usa lo mismo que el té. Se calienta el agua, se echa como un puñado de yerba en el mate, que es la vasija en la que se toma, y es de calabazo pintado, o de coco grande, que los ricos lo tienen guarnecido con plata o de palo santo, madera muy medicinal. Encima de la yerba se echa el agua caliente y no debe hervir, a fin de que no amargue la yerba.

Algunos le echan azúcar, un agrío de naranja o pastillas de olor. Otros no utilizan estas cosas.

Cardiel aclara muy bien que no hay dos especies de yerba, sino dos modos, una que llaman Caámini, o yerba menuda: otra Caávirá, o yerba de palos. La Caámini o menuda, se muele en recipientes donde no se le mezcle tierra y se criba para dejarla sin palitos. De ésta manera la hacen los treinta pueblos. La otra de palos la hacen los españoles del Paraguay, y los indios de los diez pueblos que tienen allí.

Refiere que los indios iban a hacer la yerba a los montes, que distaban de los pueblos unas 60 leguas. Se trasladaban los de la banda oriental del Uruguay por tierra en carretas y los demás en balsas por los ríos Uruguay y Paraná.

Los que iban por tierra volvían después de muchos meses con sus carros cargados y los que habían ido por agua, después de hacer la yerba, la llevaban a hombros desde el lugar que crecía silvestre hasta las balsas. Esa distancia era a veces de tres o cuatro leguas.

Frente a esta pérdida de tiempo fuera del pueblo y de tanto trabajo de los indios, y sin socorros espirituales, los Padres se aplicaron a hacer yerbales en el pueblo.

Les costó mucho trabajo porque la semilla que se traía no prendía. Finalmente, después de muchas pruebas se consigue que las semillas germinen y las plantas muy tiernas del semillero se llevan a otro sitio, donde dejan que se hagan fuertes para trasplantarlas posteriormente al yerbal y después de ocho o diez años, se podía hacer yerba.

Se logró que estos yerbales fueran tan grandes en casi todos los pueblos, permitiendo que los indios no tuvieran que ir con tanto sacrificio a buscar la yerba a los montes.

Corresponde a los jesuitas el mérito de haber conseguido, por primera vez en la historia, cultivar esta especie vegetal.

El Padre Cardiel, en el Compendio de la Historia del Paraguay (1780) (1984), dice que la yerba es una bebida inocua y medicinal y no embriaga por más que se beba. No se usa esta yerba luego que se hace ya que debe esperarse seis o siete meses, como se hace con el vino, porque si se toma fresca da dolor de cabeza.

Cuenta que el general Don Pedro Zeballos, luego que la probó, se aficionó tanto que decía que era mucho mejor que el rico té que traía.

El Padre Hernández, en Organización Social de las Doctrinas Guaraníes de la Compañía de Jesús (1913), considera que para asegurar el porvenir de los pueblos del Río de La Plata, debe fomentarse la agricultura con un conocimiento razonado. Así lo hicieron los jesuitas, utilizando los medios que se conocían en su tiempo, y sacando provechosas lecciones de la experiencia.

Llegaron a cultivar artificialmente el árbol de la yerba mate en grandes proporciones haciendo sus plantíos inmediatos a los pueblos, para evitar a los guaraníes los penosos viaje a los lugares donde se criaban los yerbales naturales.

En su Relación de viaje a la misión jesuítica (1971) el Padre Antonio Sepp nos cuenta que la yerba está compuesta por las hojas tostadas de un determinado árbol, reducidas a polvo. Los indios echan ese polvo en el agua, y luego beben de ella y eso parece extremadamente sano...

En el Jardín de flores *paracuaria*, Sepp habla de que la Compañía participaba en la exportación al Perú de ganado en pie y de yerba. Las reducciones producían una yerba seleccionada - la caá-miní – superior a la yerba de palos de los colonos españoles y que ocupaba una situación privilegiada en este comercio. Los comerciantes de Santa Fe pagaban – a fines de siglo XVII – a los Padres dos pesos cuatro reales por arroba de yerba fina y mandaban casi exclusivamente de esta misma clase al Perú, mientras que compraban a los colonos paraguayos solamente cuando no podían conseguir la misionera.

Se calcula que las reducciones enviaban un promedio anual de seis mil hasta nueve mil arrobas a Santa Fe desde donde se exportaban al Perú. Pero también los porteños preferían la yerba seleccionada de los misioneros a la gruesa de los paraguayos, de modo que se mandaban anualmente cantidades considerable a Buenos Aires.

El colegio de Asunción llegó a ser en la época de pobreza y descontento de los paraguayos que se manifestaron en las rebeliones comuneras, según el Padre Sebastián de San Martín, “el más rico de la Provincia de Paracuaria o el único que lo es”, gracias a su comercio de yerba.

Según el Padre Iturri se enviaban a Buenos Aires, cada dos años seis mil arrobas, y una especie de récord parece haber sido una venta total de diecisiete mil arroba en dos años.

Y en la Historia de la misión entre los tobatines dice que el té de yerba consiste en verter una mano de hojas trituradas y molidas de un árbol perenne parecida al laurel, en agua del río más próximo. Los indios afirman que el Santo Apóstol Tomás les habría enseñado a usar estas hojas.

Explica cómo las ponen a secar y las pulverizan. En invierno les agregan agua caliente y en verano agua fría, revuelven todo y lo toman.

Esta yerba *paracuaria* se exporta también a otros países, por ejemplo al Perú donde cuesta muy caro. Los médicos españoles consideran a esta yerba como muy sana y que tiene efectos beneficiosos:

“(...)refresca los pulmones y el hígado ardiente, no deja que se formen ni arenilla, ni cálculos en los riñones o en la vesícula. Calma la sed, quita el hambre y reconforta el estómago, es un poco amarga. Por todas estas razones es altamente cotizada por los indios y tomada a diario. Y las mujeres no se quedan atrás de los hombres en el consumo de la yerba(...)”

Conclusiones

Es casi probable que los indios guaraníes fueran quienes señalaron a los europeos las propiedades especiales de la yerba mate.

Sus curanderos conocían sus efectos estimulantes y estomacales y la utilizaban como planta medicinal.

Dentro de su mundo de creencias, concebían una diosa protectora de la *Ilex paraguariensis*.

En los primeros tiempos de la evangelización la yerba fue considerada como un vicio y una mala costumbre, ya que los indios la tomaban a toda hora quebrantando los ayunos.

Esto motivó numerosas disposiciones por parte de las autoridades a fin de prohibir su uso e imponiendo severas medidas a quien la bebiera. Con el tiempo, se consideró la conveniencia de traficar con esta yerba para beneficio de las misiones.

Los jesuitas fomentaron, a partir del siglo XVII, el uso de la yerba mate considerándola como un equivalente del té y sustituto de las bebidas alcohólicas tan apreciadas por los indios.

La afición de los guaraníes a la yerba mate fue tan importante que no tuvieron reparos en afrontar toda clase de peligros en la búsqueda de los yerbales silvestres.

Vemos a través de lo expuesto que no hay casi contradicciones entre los relatos de los Padres de la Compañía de Jesús, referentes a la ubicación de los montes de yerba silvestre, a la descripción de la planta, a su preparación y uso, como así también al comercio.

Esta planta fue la principal fuente de recursos de españoles, indios y jesuitas. A los primeros le permitió enriquecerse. A los indios y jesuitas les brindó la posibilidad de sustentar una organización socioeconómica autosuficiente.

El cultivo de la yerba en las reducciones liberó a los indios de la penosa tarea de búsqueda de los yerbales silvestres, a la vez que se pudo afrontar el pago del tributo a la Corona.

Consideramos que los jesuitas tienen el mérito de haber conseguido cultivar en los pueblos de las misiones de guaraníes, por primera vez en la historia, la yerba mate.

Bibliografía

- **BEALS, R. L. Y H. HOIJER** 1963. **Introducción a la Antropología**. Ed. Aguilar, Madrid.
- **BÓRMIDA, M.** 1969/70. Mito y cultura. **Revista Runa XII**.
- **CARBONELL DE MASY, R.** 1992. **Estrategias de desarrollo rural en los pueblos guaraníes (1609-1767)**. Antoni Boch, editor, S.A. Barcelona.
- **CARDIEL, J.** 1984. **Compendio de la Historia del Paraguay (1780)**, FECIC. Buenos Aires.
- 1989. **Las misiones del Paraguay**. Edición de Héctor Sáinz Ollero, Historia16, Madrid.
- **DITTMER, K.** 1960. **Etnología General**. FCE. México.
- **DOBRIZHOFFER, M.** 1967. **Historia de los Abipones**. Tomo I. Traducción de Edmundo Wernicke. UNN. Fac. Humanidades. Dpto Historia. Resistencia.
- **FURLONG, G. S.J.** 1978. **Misiones y sus pueblos de guaraníes**. Segunda edición, Lumicop y Compañía, S.A. Posadas.
- **GRONDONA, E.M.** 1953. Historia de la Yerba Mate. En: **Revista Argentina de Agronomía**. T.20, junio, Buenos Aires.
- **HEREDIA, A.** 2001. **Semiología y pensamiento aborígen argentino**. Ed. El Quijote. Buenos Aires.
- **HERNÁNDEZ, P.** 1913. **Organización social de las doctrinas guaraníes de la Compañía de Jesús**. 2 tomos, Gustavo Gili editor. Barcelona.
- **LA YERBA MATE** 1971. En: **Publicación del Ministerio de Agricultura y Ganadería**. Buenos Aires.
- **MAUSS, M.** 1967. **Introducción a la Etnografía**. Ed. Itsmo, Madrid.
- **METRÁUX, A.** 1928. **La civilisation matérielle des tribus tupí-guaraní**. Librairie Orientaliste Paul Geuthner. París.

- **MÖRNER, M.** 1985. **Actividades políticas y económicas de los jesuitas en el Río de La Plata.** Hyspamérica. Buenos Aires.
- **PARDAL, R.** 1936. **Medicina Aborigen Americana,** Buenos Aires.
- **PASTEKNIK, E.** 1977. **Mitos vivientes de Misiones.** Plus Ultra. Buenos Aires.
- **RUIZ DE MONTOYA, A.** 1989. **La Conquista espiritual del Paraguay.** Equipo Difusor de Estudios de Historia Híberoamericana, Rosario.
- **SÁNCHEZ LABRADOR, J., S.J.** 1910-1917. **El Paraguay católico.** 3 tomos. Buenos Aires.
- **SEPP, A., S.J.** 1971. **Relación de viaje a las misiones jesuíticas.** Tomo I, Cap. III. Eudeba. Buenos Aires.
- 1974. **Jardín de flores paracuario.** Tomo III, Cap. VI. Eudeba. Buenos Aires.
- **VOGT, P. F., S. V. D.** 1903. **Estudios históricos. La civilización de los guaraníes en los siglos XVII y XVIII.** Cap. XIV. Imprenta de Guadalupe. Buenos Aires.